



Libros.com

SERGIO MIRA JORDÁN

QUINTILIANO, EL PEDAGOGO

DIDÁCTICA PARA PROFESORES MODERNOS



Primera edición digital: junio 2021
Campaña de crowdfunding: equipo de Libros.com
Imagen de la cubierta: Irene E. Jara
Maquetación: equipo de Libros.com
Corrección: Míriam Villares
Revisión: Elena Carricajo

Versión digital realizada por Libros.com

© 2021 Sergio Mira Jordán

© 2021 Libros.com

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-18769-36-8



Sergio Mira Jordán
Quintiliano, el pedagogo

Didáctica para profesores modernos

Prólogo de Federico Buyolo

Los oficios del profesor son enseñar, dar gusto y conmover.

Proemio al libro VIII, Quintiliano

Si deseas ser aplaudido en una convención educativa, utiliza tópicos sentimentales sobre los sagrados derechos del niño, resaltando especialmente su derecho a conquistar la felicidad por medio de la libertad. Es probable que te ganes un aplauso extra si te lamentas de la crueldad de los exámenes y los deberes, mientras condenas de manera elocuente alguno de los estereotipos favoritos del abuso infantil, como el latín, las matemáticas (la geometría, especialmente), la gramática, el currículum tradicional, la compartimentación del saber por materias que han de ser memorizadas, la disciplina y cosas semejantes.

William Chandler Bagley (1874-1946)

Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Título y autor](#)

[Cita1](#)

[Cita2](#)

[πρόλογος](#)

[Introducción](#)

[Inicio del libro](#)

[Mecenas](#)

[Contraportada](#)

πρόλογος

En el momento en que me siento a escribir el prólogo de este formidable libro, «me gustaría ser una palabra», como dice el propio Sergio en uno de sus poemas. Palabras eran lo que tenían Quintiliano y aquellos pedagogos y maestros que, hasta el momento de la aparición de la imagen en movimiento, basaban su enseñanza en eso: en la palabra.

Cuando oigo nombrar al pedagogo siempre me viene a la memoria el origen de esta profesión, esa que le otorga su verdadero sentido: aquel que acompañaba a los estudiantes de su casa a la escuela repasando la lección. Acompañar.

El libro que tienes en las manos hace precisamente eso: te acompaña, te guía, te abre caminos y te provoca nuevas reflexiones en el quehacer de enseñar, esa aventura en la que los alumnos se convierten en algo más que destinatarios de tus conocimientos.

Aprender es lo que he hecho durante toda la lectura del libro. Aprender a amar la educación y las palabras. Aprender de alguien que dedica su vida y su voluntad a cuidar el lenguaje como aquel que entiende que, sin despreciar una buena película, es algo más que un compendio de estructuras

gramaticales bien ordenadas de palabras significativas, honestas y bien colocadas.

Dice Gregorio Luri en su libro *Sobre el arte de leer* que es necesario hablar bien para leer bien. Después de leer el libro de Sergio Mira Jordán completaría la frase diciendo que para leer bien hay que saber escribir bien.

Recuerdo una ocasión en que acompañaba al presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, en una visita a un instituto de Elche para conocer de primera mano el trabajo sobre memoria histórica que habían realizado los alumnos. Aquella clase de 4.º de ESO veía, entre perpleja y deslumbrada, cómo el presidente del Gobierno estaba apoyado en una de sus mesas, esas que normalmente ellos ocupaban, explicándoles la importancia de la oratoria, de la necesidad de expresar ideas, de dialogar, de incluso defenderlas y, sobre todo, de construir conocimiento. Conocimientos que se expresan gracias a la unión de la gramática y la oratoria en una visión de conjunto, inseparables, un mismo fin indisoluble. El propio Quintiliano recibió clases particulares sobre esas dos materias en sus etapas iniciales. Un aprendizaje que lo llevó a escribir, hacia el año 95, la obra *Instituciones oratorias*, que estaba llamada a ser un manual para «formar oradores que después trabajarían como abogados defendiendo a ciudadanos». Ciudadanos libres.

En este momento que estamos viviendo, de un narcisismo enfermizo, de ese «selfie al ombligo» que tan bien expresa Joaquín Sabina; en este momento en que hablamos por hablar o, peor aún, hablamos sin hablar; cuando las ideas se expresan en 140 caracteres, o en 30 segundos, o en un hilo interminable de grandilocuentes frases hechas para hacer prevalecer nuestra visión simplista del mundo, se hace imposible imaginar cómo durante siete años Quintiliano estuvo trabajando en su obra, compuesta por doce libros.

El libro que tienes en tus manos es más que un tratado de didáctica; es más que una exhortación a un gran pedagogo como fue Quintiliano; es más que una obra de ideas o reflexiones educativas. Es, ante todo, un paseo por la educación en mayúsculas; una lectura que te muestra claramente el humanismo de una persona comprometida con el tiempo en el que vive: una persona que ama su profesión, su lengua y con vocación de comunicar, de enseñar y, sobre todo, de seguir aprendiendo.

Sergio Mira Jordán muestra en este libro su gran vocación pública, una persona que logra alcanzar el *ikigai* (lugar donde se unen nuestra pasión, nuestra profesión y nuestra vocación). Los valores que se transmiten en la obra ponen de relieve esa vertiente humanista que hace de él una persona renacentista, un *homo universalis*: escritor, poeta, dramaturgo, ensayista, músico... En todas sus facetas encontramos a una persona que, además de buscar las palabras precisas, muestra su valor interno, ese que le otorga su distinción. Baste solamente oír los primeros compases de la banda sonora del cortometraje *Sed de aire* para descubrir esa delicadeza que le lleva a escribir versos tan preciosos como «Te amo sin visado».

Aunque vivimos tiempos de verdadera efervescencia creativa, nos damos cuenta, tal como refleja el autor, de que las nuevas metodologías se basan en aquello que Quintiliano ya escribió hace casi dos milenios. Sin embargo, debemos pararnos a pensar por un momento si verdaderamente las nuevas pedagogías recogen nuevos planteamientos metodológicos o si, por el contrario, se trata de las mismas ideas con nombres más «marquetinianos» (eso sí, en inglés, para darle visión internacional).

El autor nos muestra cómo las nuevas modas están impregnadas de eso que ya Quintiliano expresaba en sus obras y enseñanzas. Pero no solo eso, sino que además descubrimos que la verdadera enseñanza, esa que de oficio pasa a ser afición, está fundamentada en los principios básicos de la inteligencia de los alumnos, de sus capacidades, de su valor y, sobre todo, del papel del maestro (nuevamente aquí volvemos a la función del pedagogo), que acompaña al estudiante en el desarrollo de su proceso de aprendizaje.

Tuve la ocasión de conocer a Marta Mata, una de las grandes pedagogas de nuestro país, que emanaba pasión, sensibilidad, oficio y vocación en cada una de sus reflexiones. Recuerdo que en los pocos más de diez minutos que estuve con ella no dejó de hablarme de la oportunidad que habíamos perdido con la LOGSE al no apostar por una educación humanista. Sus reflexiones me siguen acompañando: «¿Sabes por qué Finlandia es la mejor en educación? Porque copió el modelo que implantó la Institución Libre de Enseñanza en nuestro país. ¿Y qué hemos hecho nosotros? Perder la oportunidad de hacer de la educación nuestro valor fundamental».

El libro de Sergio Mira Jordán me vuelve a recordar esa pasión que empleaba Marta Mata en todo. El autor pone de relieve y demuestra, con su reflexión, su hacer cotidiano y su enseñanza, que el profesorado es la parte fundamental de la mejora educativa. Una educación de personas a personas. En este momento en que estamos padeciendo la pandemia de la COVID-19, cuando las escuelas tuvieron que cerrar (aunque la educación no paró) y cuando todavía algunas personas (hay que recordar que de educación todos sabemos y todos opinamos) ponían en duda que el mejor sitio para educar es la escuela, Quintiliano ya lo dejó claro en el año 95: «En sus casas solo aprenderán lo que se les enseñe a ellos; pero en las escuelas lo que a otros».

Volvamos al origen, no con añoranza de que cualquier tiempo pasado fue mejor, sino para sentar las bases de una pedagogía que entienda que el potencial del alumno es la base del proceso educativo. Ahora mismo, cuando se debate entre las capacidades o el conocimiento (como si fueran inseparables) y entre el aprendizaje y el juego (como si fueran antónimos), el autor nos recuerda que, para los romanos, heredada de los griegos, la misma palabra se utilizaba para describir las dos acciones: *ludus*.

Quintiliano afirmaba: *La falta de reflexión conduce al error. Y si caemos muchas veces en el error, quizá lo convirtamos en vicio*. En este país poco dado a los acuerdos políticos de largo recorrido, donde la educación es utilizada como confrontación partidista, es necesario que recuperemos las raíces de nuestra cultura pedagógica, esa que nos otorgó los momentos más brillantes de nuestra historia educativa: la Institución Libre de Enseñanza, las Misiones Pedagógicas, la Residencia de Estudiantes, la Residencia de Señoritas, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, los Movimientos de Renovación Pedagógica, la Escuela Rosa Sensat, la escuela Estudio y todas aquellas personas anónimas en los libros de historia que, como Sergio, hacen que nos enorgullecamos de nuestros maestros y maestras. Esto nos ha de llevar a una última reflexión: ¿cómo debemos educar? Quintiliano, de nuevo, tiene la respuesta.

Federico Buyolo

Pedagogo y director adjunto del gabinete de la ministra de Educación

Introducción

Desde ya te lo digo. O, más bien, te lo advierto. Y empiezo por blandir un argumento de autoridad: «En ninguna materia puede aspirarse a la perfección, sino pasando por los principios^[1]».

Es obvio que, para llegar a 100 km/h, primero hay que arrancar el coche. Tardará más o menos tiempo en alcanzar esa velocidad, dependiendo del motor y de nuestra pericia con los pies y con el cambio de marchas, pero llegará. Cualquier coche.

Y ahora dejemos a un lado la mecánica.

Hablando de cuestiones educativas, ¿hay posibilidad de alcanzar la perfección?

—Bueno, yo diría que...

La respuesta, estimado lector o lectora, y perdona que te interrumpa, es no.

Rotundamente.

Tajantemente.

Sin paliativos.

Ene-o. No.

No hay recetas mágicas en una ciencia que cambia a diario y que se enfrenta a miles y miles de niños y niñas que son diferentes, en miles y miles de contextos que también son distintos.

Como todos hemos visto (y sufrido), esa actividad maravillosa que le funcionó a tu compañera de departamento en el A y que incluso llegó a ser *trending topic* durante una tarde en la que te aseguró que la iban a llamar de *La ventana* de la Ser para una entrevista, a ti te fracasó en el D. ¡Y la hiciste el mismo día!

O ese proyecto que gustó tantísimo en el tercer trimestre de 2.º de ESO y que casi termina con los alumnos levantándote a hombros para pasearte por los pasillos, al año siguiente —¡al año siguiente!— no consigue que levante las cejas ni el más motivado de tus alumnos.

Lo dicho: no hay recetas mágicas. No existe la perfección.

Pero entonces, te preguntarás, como yo también me he preguntado desde hace unos años, ¿por qué existe el Premio al Mejor Docente? Es más: ¿por qué, de repente, surgen aquí y allá tantos premios (concursos, más bien) dirigidos a profesores[2]?

La respuesta es clara y, en ocasiones, no hay más que ver quién sufraga o costea tales premios para intuir el espurio interés que hay detrás.

Pero por si no ha quedado aún meridianamente claro, lo repito, y de nuevo con las palabras de Quintiliano: «Nec ad ullius rei summam nisi praecedentibus initiis perveniri». O lo que es lo mismo, en román paladino: «En ninguna materia puede aspirarse a la perfección, sino pasando por los principios».

Si crees en esa frase es que juegas en mi equipo y, en definitiva, llegaremos a la conclusión de que nadie puede considerarse mejor profesor que otro y que, como mucho, uno podría llegar a alcanzar ese bendito estatus después de mucho, mucho tiempo de práctica y dedicación, incluyendo los cientos de miles de momentos en los que uno se equivoca (y lo reconoce, claro) y está en un tris de tirar la toalla.

Así que, ¿reconocimientos a la carrera docente? Por supuesto. ¿Distinciones que resalten y visibilicen la labor de un equipo directivo a través de un proyecto educativo innovador y singular que reduzca el absentismo o el abandono escolar[3]? Los que se quieran y más. Pero

¿premios particulares y personalistas que no son más que la foto fija de un momento en concreto, conectado a las necesidades o motivaciones que se quieran promocionar o vender en ese instante o a la cantidad de *likes* que ha recibido el vídeo del candidato? Para nada.

Y esto es así porque, como te decía más arriba, no hay recetas mágicas. Nadie tiene la varita que nos asegure la atención de treinta personas que seguramente querrían estar en otra parte antes que sentadas frente a ti. ¡Y encima mientras les cuentas la problemática del autor en el *Cantar de mio Cid* o las perspectivas múltiples del narrador en *Don Quijote de la Mancha*!

Nadie sabe lo que funciona y lo que no. Y mucho menos si uno es de esos gurús educativos, *coaches*, terapeutas, psicopedagogos, supuestos expertos y demás caterva adscrita al paraguas financiero del banco de turno que jamás se ha puesto al frente de un grupo de adolescentes dos días seguidos para impartir materia y transmitir conocimiento.

Sin embargo, a todos nos gusta hablar de educación, seamos docentes o no, pues, antes o después, o bien hemos sido educados por alguien o bien tendremos a nuestro cargo a alguien a quien otro educará. Por supuesto, la preocupación por la educación de los individuos no es nueva (no, no surge en Francia gracias al Mayo del 68) y, tal vez, aunque no me queda demasiado claro, ahí radica el hecho de que cada nuevo gobierno que llega al poder plantea o implanta su propia ley orgánica, lo que ha terminado por convertir la educación en el arma arrojadiza de todos los partidos. Por último, tampoco es nueva, aunque así nos la pinten y traten de vender, la metodología que hoy se presenta como vanguardista y reformadora.

Porque, ¿recuerdas?, nunca hubo recetas mágicas.

Así que, como lo mejor es empezar por el principio, vamos a recurrir a uno de los primeros filósofos que se preocupó por la educación. Y ese no es otro, ni más ni menos, que Quintiliano, alguien que, para más inri, nació en nuestra piel de toro en el siglo I d. C., hace unos dos mil años.

En una época esta en la que todos los avances vienen de fuera y todos los conceptos terminan en *-ing* o *-ed*, no está mal recordar que hubo un tiempo, al menos sobre el papel, en el que fuimos un país nórdico o Singapur, aunque sin informes PISA de por medio.

A lo largo de este libro intentaré demostrar que los preceptos y las formas de pensar sobre didáctica y pedagogía del sabio nacido en la actual Calahorra (La Rioja) están en la base de las técnicas y sistemas de aprendizaje más actuales. En otras palabras: estamos haciendo lo mismo (¿o tal vez deberíamos?) desde hace veinte siglos. Para bien o para mal. Le añadiremos más tecnología, le pondremos más colorcitos, lo bautizaremos como ABP, Design Thinking, Aprendizaje-Servicio, Blended Learning o competencias clave, pero, básicamente, es lo mismo.

Y eso es maravilloso, ¿no crees? Porque podemos desgranar una obra como *De institutione oratoria* (en castellano, *Sobre la formación del orador*), escrita hacia el año 95 de nuestra era, y esbozar toda una metodología que perfectamente abrazaría cualquier claustro de profesores en la actualidad.

Asimismo, procuraré transmitirme mi idea de que la base de toda educación es enseñar a hablar bien, lo que se conocía antes y conocemos hoy como oratoria (un arte que, aunque se explica en la asignatura de Lengua, apenas se enseña o se practica y termina pasando sin pena ni gloria a lo largo del curso académico), acompañando ese hablar bien con la perfecta comprensión de aquello que se lee. Por supuesto, esa idea ya está en Quintiliano:

Reduciéndose, pues, este estudio [la gramática] a dos cosas tan solas, que son: saber hablar y explicar los poetas, que es más lo que encierra en el fondo que lo que manifiesta. Porque el escribir va incluido en el hablar y la explicación de los poetas supone ya el leer correctamente, en lo cual se incluye la crítica (libro I, capítulo IV, i).

Es decir, las cuatro destrezas básicas de la lengua: expresión oral, comprensión lectora, expresión escrita y comprensión auditiva. Asimismo, a lo largo de este libro podrás llegar a la conclusión de que también en Quintiliano está la base de lo que algunos autores han propuesto llamar destrezas mixtas: la interacción y la mediación[4].

Por último, me centraré en la asignatura de Lengua Castellana y Literatura, desde la etapa primaria y hasta el bachillerato, pues es la que mejor conozco, sin menoscabo de que las actividades propuestas en las siguientes páginas, los recursos, las ideas y las sugerencias —algunas de ellas filtradas y actualizadas por el paso del tiempo, pero ya esbozadas en el texto original del calagurritano— puedan extrapolarse a cualquier otra asignatura. Porque el

fin es el mismo, el que debería perseguir cualquier docente, naciera en el año 47, en 1974 o en 2026: formar hombres y mujeres buenos, instruidos, con pensamiento crítico y criterio propio, ávidos de conocimiento; personas que hagan de este mundo un lugar mejor donde vivir.

Quintiliano: el primer *influencer*

Quintiliano —oh, sorpresa— no era *youtuber*, aunque, sin duda, si hubiera nacido en 1978 y hubiera estudiado Magisterio de Educación Primaria o Traducción e Interpretación de Inglés (más el tedioso CAP); si además hubiera tenido el tiempo, las ganas y la destreza de abrirse un canal y subir pequeños vídeos sobre sus métodos, habría tenido muy buena acogida. Quizá entonces habría recorrido el país, impartiendo charlas vespertinas en aulas con olor a lejía y paseando su experiencia en magistrales clases (magistrales) que le hubieran engordado el ego y la cartera.

Pero le tocó vivir en otro tiempo.

Marco Fabio Quintiliano nació el año 35 en Calagurris Nassica Iulia, hoy llamada Calahorra, en La Rioja, que por aquel entonces formaba parte de la provincia romana Tarraconense. Podemos suponer que era una ciudad importante en su época, pues cada dirigente o militar que pasaba por allí se cuidaba mucho de dejar su impronta. El cónsul Publio Cornelio Escipión (uno de los muchos que hubo en la historia con ese nombre) le puso el *Nassica*, sacado de su propio mote («el de nariz puntiaguda») y Julio César añadió el *Iulia* posterior por su apellido familiar y tras su conquista, a mediados del siglo I a. C. El emperador Augusto también le tenía echado el

ojito a la ciudad y algo debió de ver en los soldados que procedían de allí, pues el historiador Suetonio cuenta en su *De vita Caesarum* (escrita hacia el año 121) que tenía una «Calagurritanorum manu»; es decir, una tropa de soldados calagurritanos. ¡Con todos los lugares que había donde escoger hombres jóvenes, fuertes y preparados para el combate!

Además, nacer en Calagurris tenía sus ventajas, porque la ciudad, en agradecimiento a la lealtad y fidelidad al Imperio, recibió el título de *municipium civium Romanorum*: nacer allí suponía ser ciudadano romano de pleno derecho.

Hoy, Calahorra sigue estando a más de mil setecientos kilómetros de la capital de Italia, pero es obvio que esa distancia no tiene nada que ver con la que tenían que recorrer los que salieran de aquella ciudad, lejana y perdida en la inhóspita Hispania, y se dispusieran a llegar a la capital del mundo conocido. ¿Haría Quintiliano ese viaje en barco partiendo del cercano *Hiberus flumen* —nuestro río Ebro—, pudiendo caer en manos de posibles piratas? ¿O quizá se patearía media Europa, calzada tras calzada, durmiendo en puebluchos y al albur de los ladrones? No lo sabemos.

Sí sabemos que el dinero nunca fue un impedimento en su casa. Su padre (y tal vez también su abuelo) era rétor en Roma y ganaba lo suficiente como para que su hijo recibiera clases particulares de gramática y oratoria. Uno de sus profesores fue Quinto Remio Palemón, cuyas ideas siguen vigentes hoy en día. ¿Recuerdas que la interjección es una categoría gramatical que carece de función sintáctica y que expresa una emoción? Pues el primero en decirlo fue Remio Palemón. Casi nada.

Tras completar su educación, Quintiliano volvió a Hispania en el año 61 como abogado en el Tribunal Superior de la provincia Tarraconense, que estaba en su capital, la actual Tarragona, nombrado por el nuevo gobernador territorial, Servio Sulpicio Galba.

¿Pensaría Quintiliano, que entonces contaba con unos veinticinco años, que le esperaba una vida tranquila en su Hispania natal? Quién sabe, pero, al igual que ahora decimos que hay gente que nace con estrella, el joven calagurritano debió de tener iluminándolo toda una constelación. Tras el suicidio-asesinato de Nerón, las legiones hispanas, después de la enésima guerra civil, proclamaron emperador a Galba, que se llevó a Quintiliano para

Roma en el año 68. Allí, nuestro protagonista, siguiendo los pasos de su padre, desarrolló una intensa labor como abogado y profesor de retórica.

Hagamos ahora un inciso para explicar, de forma sucinta, cómo era el sistema educativo romano.

Ya comenté antes que no hemos inventado nada, así que puedes deducir que los tres grados en los que se dividía la educación en Roma se parecen muchísimo a nuestra primaria, secundaria y bachillerato.

El grado elemental se desarrollaba entre los 7 y los 11 años, en grupos de unos veinte o treinta alumnos, niños y niñas, que «permanecían en la escuela aproximadamente unas seis horas —conocemos la jornada escolar gracias a los *Hermeneumata Pseudodositheana*, unos manuales de conversación grecolatina datables a comienzos del siglo III—, si bien es de suponer que había un recreo a media mañana[5]». Este tipo de escuelas eran negocios privados en locales alquilados, a cargo de maestros mal pagados (el Edicto de Precios de Diocleciano les «atribuye un sueldo de 50 denarios mensuales por alumno, cifra muy inferior a la que recibía un carpintero o albañil[6]»).

El objetivo fundamental de estas escuelas consistía en alcanzar una formación básica en lectura, en escritura, en cálculo y en civismo. En primer lugar, memorizaban las letras, luego las sílabas, y finalmente las palabras. [...] A continuación, trabajaban con frases breves que, a la vez que ejercitaban el manejo de lo previamente aprendido, proporcionaban una formación moral. Finalmente, accedían a textos de mayor extensión[7].

El grado medio comenzaba a los 12 años y terminaba a los 16. A este nivel solo accedían «los hijos de la aristocracia o de los comerciantes más pudientes, mientras que los menos pudientes debían ponerse a trabajar y las chicas comenzaban en el ámbito doméstico su preparación para el matrimonio —en casos excepcionales algunas mujeres podían ser instruidas por sus propios maridos—»[8]. Es un tipo de educación mejor considerada, tanto social como económicamente (los profesores de este grado tenían un sueldo mensual de 200 denarios por alumno) y básicamente consistía en comentar y memorizar textos clásicos.

A los 16 años, el joven abandonaba oficialmente la infancia y, tras recibir la toga viril en un acto público, pasaba un año sabático antes de iniciarse en la formación militar.

Por último, a partir de los 20 años, el romano podía continuar sus estudios con un rétor, con quien se formaba en retórica y política. Era algo dedicado solo a unos pocos y así costaba. El poeta Juvenal, uno de los alumnos de nuestro autor, lo expresa así:

Hos inter sumptus sestertia Quintiliano,
ut multum, duo sufficient: res nulla minoris
constabit patri quam filius[9].

Los alumnos de esta última etapa «aspiraban a desarrollar una célebre carrera política. Los contenidos curriculares se fundamentaban esencialmente en la oratoria o elocuencia, incluyendo teoría de la oratoria, pautas, modelos o estilos del discurso. La metodología se basaba en la *praxis*, o lo que es lo mismo, en la práctica[10]».

Volvamos de nuevo junto a Quintiliano. Lo habíamos dejado en la capital del Imperio en el año 68. Tras dos convulsos años (y cuatro emperadores) que culminaron con la caída en desgracia de su protector y amigo, el emperador Galba, el calagurritano logró mantener su importancia y respeto como profesor bajo los mandatos de Vespasiano y de sus sucesores, sus hijos Tito y Domiciano, hasta que murió alrededor del año 100.

Y eso es destacable, ya que fue gracias a la familia Flavia y al contexto social que se vivía en Roma por aquel entonces que nuestro protagonista pudo desarrollar toda su actividad:

Tras el terror y desorden que generaron las guerras civiles, la gravedad de ánimo, la austeridad y la moderación se convirtieron en las señas de identidad de la Roma Flavia. Mediante la recuperación de estas virtudes se trató de recuperar la grandeza de los tiempos pasados, y para ello, los romanos modernos debían asemejarse a los antiguos. Para llevar a cabo este ideal, Vespasiano encomendó a maestros como Quintiliano la formación de las futuras clases dirigentes del Imperio[11].

En un tiempo sin internet ni medios de comunicación, las noticias volaban de boca en boca por las húmedas callejuelas de Roma. Muy pronto, los métodos pedagógicos de Quintiliano le cosecharon un gran éxito. Tanto es así que, como afirma en el proemio al libro cuarto, les dio clase a los sobrinos de la hermana del emperador Domiciano, quien le concedió «los *ornamenta consularia*, elevación honorífica a rango consular)[12]», y que otro emperador, el mencionado Vespasiano, le concedió la primera cátedra oficial